

## ESPAÑA EN LA LIZA

En este esfuerzo le cabe a España un papel tan importante que con razón ha podido llamársela la nación de la Inmaculada. Ya vimos cómo de ella salió en los primeros tiempos la confesión tan luminosa del poeta Prudencio, y algo más tarde las manifestaciones entusiastas del gran doctor mariano, San Ildefonso de Toledo. Viene luego la invasión musulmana. El fragor de la lucha impide a los hombres de la Reconquista tomar parte en la discusión, que acalora a los más ilustres pensadores de la cristiandad, y le priva del reposo conveniente para entregarse a las sutilezas teológicas. No obstante, de cuando en cuando levanta su voz declarando su fe y su admiración ante la belleza perfecta de María. Así, por ejemplo, cuando en 974 el conde de Castilla, Garci Fernández, confirma los fueros de Salas de los Infantes, declara desde el comienzo que hace su concesión «en el nombre de la Trinidad Beatísima, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, hijo de la Virgen Inmaculada».

En los comienzos del siglo XIII, la Reconquista está asegurada, los moros dejan de ser un problema nacional; pueden organizarse escuelas y universidades, se enzarzan las disputas y los filósofos y los teólogos se entregan a una destacada actividad. Es también el momento en que empiezan a distinguirse los inmaculistas españoles con el doctor Iluminado a la cabeza. En los primeros momentos se distingue, sobre todo, el reino de Aragón. Es la semilla dejada por los escritos de Raimundo Lulio. Las órdenes religiosas, los municipios y las universidades hacen suya la doctrina; la fiesta del 8 de diciembre penetra en el calendario litúrgico de las principales diócesis, y los mismos centros universi-

tarios la celebran con grandes regocijos. Así, por ejemplo, el de Barcelona, que la había admitido ya en 1390.

## EL REINO DE ARAGÓN

Los impugnadores se atreven todavía a esgrimir antiguos argumentos, mas no sin provocar ruidosas protestas, que degeneran en verdaderos motines, como el que agitó las calles de Valencia en 1334; o el que estalló en Zaragoza unos lustros después. Los reyes eran los primeros en favorecer aquel movimiento popular. Entre los más fervorosos hay que contar a Jaime *el Conquistador*, que, como nos dice en su crónica, no podía contener las lágrimas cuando se ponía de rodillas delante del altar de Nuestra Señora; a Martín *el Humano*, que, a pesar de la suavidad de su carácter, castigaba con la pena de destierro a los adversarios del dogma, y a Juan I, que en un decreto contra los negadores de la Concepción sin mancha de María, lanzaba este apasionado exabrupto: «Callen esos voceadores inútiles, avergüéncense esos necios disputadores de proferir violentas argucias sobre la Concepción de la Virgen». Es en Valencia donde la doctrina arraiga más fuertemente y donde la Virgen sin mancha encuentra sus más entusiastas cantores y panegiristas. El latido unánime del pueblo estalla en los versos de los poetas y en los discursos de los oradores, y este movimiento literario cuaja en el primer libro, que se imprimió en España, una colección de poemas y de piezas oratorias, fruto de un certamen celebrado en aquella ciudad el año 1474. Valenciano era también Jaime Roig, que poco tiempo después publica su *Libre de Consells, los quals son multo profitosos y saludables, así para regiment y orde de viure com para augmentar la devoció a la Puritat y Concepció de la Sancta Virgen María*, «libro divino, podría